

LA CARTA EN DON JUAN TENORIO: TIEMPO Y ESPACIO ¿SIGNIFICANTES, IMPROVISADOS O CALCULADOS?

TINA PEREDA BARONA
Nazareth College of Rochester

Se levanta el telón. El cuadro está plasmado. La atmósfera y el ambiente han sido creados. La Hostería de Cristóforo Buttarelli es el lugar escogido por Zorrilla para presentar entre acción y violencia los primeros trazos decisivos de la personalidad de Don Juan Tenorio. El espacio está bien demarcado. Al fondo una puerta que da a la calle. A través de la cual se ven pasar grupos alborotadores, se oye el ruido carnavalesco. Antifaces, máscaras y embozados se mezclan en peleas callejeras. El alboroto reina por doquier. Estamos en Sevilla. Ciudad de encanto mágico y romántico. No muy lejos el Guadalquivir baña las riberas sevillanas, cuyo caudaloso fluir habría de servir para la escapada de Don Juan al final de la primera parte de la obra teatral.

Desde la primera escena nos damos cuenta de que el tiempo escogido y la estación son significantes para la perspectiva de Zorrilla de presentarnos a un Don Juan seductor y no a un vulgar criminal o asesino buscando una presa más para añadir a su lista interminable de víctimas. Es carnaval; esos tres días que preceden al miércoles de ceniza son días en los cuales la sociedad se descarga y desahoga dando rienda suelta a los abusos de la carne, sea sexo, bebida o comida. En medio del tumulto general de fuera, se levanta la voz iracunda de Don Juan “¡Cual gritan esos malditos! Pero, ¡mal rayo me parta si en concluyendo la carta no pagan caros sus gritos!” (Don Juan Tenorio, J. Zorrilla. Cátedra, S.A., Madrid 1986. p. 79) Don Juan Tenorio, esta escribiendo una carta, “la carta”.

No puede por menos de sorprendernos el hecho de que, el libertino Don Juan, en lugar de unirse al ambiente relajado que le rodea está sentado, en el interior de la Hostería, tratando de concentrarse “rasgueando” unas letras sobre un papel. Se sumerge de nuevo en lo que está escribiendo y cuyo contenido exacto no descubriremos hasta el acto III, escena III cuando la carta llega, al fin, a manos de Doña Inés. Pero volvamos de nuevo a la Hostería y reflexionemos en el espacio y el tiempo.

Sabemos que la hora en el reloj debe marcar aproximadamente las 7:30 o las 8:00 de la tarde y que un tumulto de cosas han de sucederse, a ritmo vertiginoso, hasta dar la una de la madrugada cuando ha de terminar la Primera Parte de la obra. Son hechos importantes que han de marcar la existencia del personaje. Ahora la Hostería aparece casi vacía. Buttarelli se prepara para la gran apuesta y Ciutti permanece no muy alejado de su señor, alerta al menor gesto de impaciencia de Don Juan. Incluso suplica a Buttarelli que baje el tono de su voz para evitar posibles distracciones del señor a quien sirve hace más de un año y a quien protege pretendiendo ignorar su origen y su nombre. Ciutti admira a Don Juan, lo que hace, lo que dice e incluso alaba su arte de escribir. Cuando Buttarelli inquiriere “a quién escribe tan

cuidadoso y prolijo" (81), Ciutti responde sin titubear que escribe a su padre, añadiendo que "Para el tiempo en que se vive, es un hombre extraordinario." (81). Don Juan firma, pliega la carta y llama a Ciutti a quien entrega la misiva con precisas "instrucciones" o "intenciones" según las diferentes ediciones. Y aquí empieza el largo trayecto de la carta hasta las manos temblorosas e inexpertas de Doña Inés. Es curioso observar que don Juan ha escrito la carta con el antifaz puesto ¿No resultaba un tanto difícil escribir con los ojos medio cubiertos? ¿de quién se quiere cubrir? Sólo hay dos hombres que le rodean en ese momento y ya le conocen. ¿De quién se oculta? ¿Es la máscara esencial en la redacción de la carta? ¿Resulta más fácil para el burlador expresar sus sentimientos amorosos disfrazado bajo un antifaz? Sigamos el trayecto de la carta: escrita bajo la máscara ocultadora, se la entrega a Ciutti y le ordena la lleve dentro del libro de oraciones (otra máscara), y la haga llegar hasta las manos de la mujer que está a punto de seducir, pasando primero por las manos de Brígida quien a su vez debe entregarle "una llave, una hora y una seña" (82).

Zorrilla debe mostrarnos desde la primera escena, del primer acto, al don Juan seductor, y sobre todo mostrarnos las increíbles destrezas y técnicas que usará para lograr la rendida pasión del corazón de Doña Inés. La carta es la prueba, la única en verdad, que nos muestra el progreso, la forma, el despliegue, la planificación de la seducción desde su primera parte de la obra.

La carta, en su trayecto hasta Doña Inés, debe aún pasar por otro enmascaramiento que es la prosapia inigualable de la celestinesca Brígida. En la escena IX del acto II se hace de nuevo mención a la carta. Cuando Don Juan quiere saber cómo van las cosas Brígida le asegura que a esa misma hora Doña Inés en el convento estará leyendo la carta "¿La has preparado? Pregunta Don Juan, "Vaya; y os la he convencido con tal maña y de manera que irá como una cordera tras vos" (129). La carta, envuelta en mentiras (máscaras) llegará a manos de Inés y producirá el efecto deseado. Don Juan pregunta extrañado a Brígida si le fue fácil convencer a Inés. Ésta contesta con 30 versos. En esos 30 versos Brígida reproduce una imagen de Doña Inés que parece despertar un genuino interés en Don Juan. La sicología de la dueña hace vibrar la curiosidad del seductor quien pregunta "¿Y está hermosa", "¿Qué le has dicho?" (130). "Le hablé del amor... Le dije que erais el hombre por su padre destinado para suyo: os he pintado muerto por ella de amor, desesperado por ella y por ella perseguido, y por ella decidido a perder vida y honor" (130).

Las palabras seductoras encerradas en la carta y concebidas en la escena I del primer acto se ven coronadas por los esfuerzos de Brígida quien parece convencer no sólo a Inés sino al mismo Don Juan, quien después de escucharla exclama arrebatado: "Tan incentiva pintura los sentidos me enajena, y el alma ardiente me llena de su insensata pasión. Empezó por una apuesta, siguió por un devaneo, engendró luego un deseo, y hoy me quema el corazón." (130) "¡Oh! Hermosa flor, cuyo cáliz al rocío aún no se ha abierto, a trasplantarte va al huerto de sus amores Don Juan" (130). El seductor ha perdido la noción de la presencia de su audiencia, "¿Brígida?" pregunta como despertando de un delirio. "Os estoy oyendo, (responde la dueña) y me hacéis perder el tono: yo os creía un libertino sin alma y sin corazón.: (132)

La carta sigue siendo el hilo que va trenzando la trama de la obra. En le escena III del tercer acto nos damos cuenta que Inés no ha leído todavía la carta. Ahí está Brígida para recordarle, sutilmente, de que el libro de oraciones permanece todavía cerrado. Desde que la carta fuera escrita hasta que por fin Doña Inés está punto de leerla, sabe el lector o el espectador de la obra, que han transcurrido incidentes importantes que nada tienen que ver

con la seducción misma. Volvamos atrás y repasemos las actividades donjuanescas paralelas y simultáneas al viaje de la carta seductora.

La Hospedería del Laurel va a ser el escenario donde no sólo se gestó la misiva, sino también el teatro donde se desarrollarán otras escenas inquietantes que pondrán de relieve la personalidad de Don Juan. Primero se percata de que los detalles estén a punto, distribuye dinero con generosidad exigiendo que las botellas para la apuesta sean de las mejores; la mesa y las sillas deben colocarse en su sitio. La escena empieza a llenarse de los personajes que jugarán un papel importante en las próximas horas. Primero entra Don Gonzalo, solicita un lugar apartado y se coloca el antifaz, aunque de mala gana. A continuación entra Don Diego y embozado se coloca al otro lado del Comendador de Calatrava. Dos otros individuos entran a continuación, Centellas y Avellanada, militares y amigos, que reflejarán sus respectivas opiniones sobre los que van a apostar. Por fin Don Luis y Don Juan acuden a la apuesta rodeados de curiosos y enmascarados. Se sientan y sus voces se oyen fuertes y claras: Don Luis 23 muertos, Don Juan 32; respecto a las conquistas no hay tampoco duda: Don Luis 56, Don Juan 72. La apuesta está ganada, sólo falta añadir a la lista otra dama: “¿Tenéis algo que tachar?” pregunta Don Juan. “Sólo una os falta en justicia.” Añade Don Luis. “¿Me la podéis señalar?” pregunta Don Juan. “Sí, por cierto: una novicia que esté para profesar.” Exclama Don Luis. “¡Bah!” Pues yo os complaceré doblemente, porque os digo que a la novicia uniré la dama de algún amigo que para casarse esté.” (106)

Las escenas siguientes se precipitan. Primero es acusado de vil y despreciable por Don Gonzalo; rechazado y desheredado por su propio padre y encarcelado y vendido por Don Luis. Sin embargo Don Juan no se deja amilanar fácilmente. En las escenas siguientes convence a la criada Lucia y seduce con facilidad a Doña Ana de Patoja a las diez de la noche del mismo día sin olvidar que una hora antes, a las nueve en punto, debe acudir al convento para llevarse a Doña Inés.

Tenido en cuenta el trayecto de la carta desde que la pliega Don Juan, después de escribirla, pasando por el libro de oraciones a las manos de Ciutti y por la contaminación de Brígida a las de Doña Inés, hay que recordar que la carta cae al suelo dos veces. La primera vez es antes de que Doña Inés la lea, la carta se desliza del horario y cae al suelo. Se produce un cierto suspense y la tensión anticipada en que se encuentra la novicia acaba por contagiar al lector. La segunda vez que la carta cae al suelo se convierte en la prueba fehaciente que Don Gonzalo necesitará para vengar el honor ultrajado de su hija. Lo que hace sin embargo a la carta elemento extraordinario, son sus efectos poderosos teniendo en cuenta el lugar en el que fue escrita, el espacio en que se movió, el tiempo que transcurrió y los hechos que ocurrieron en ese espacio concreto de tiempo.

Zorrilla, a mediados del siglo XIX, necesitaba presentarnos una imagen romántica y atrayente de su Don Juan y sobre todo darnos una prueba convincente del talento seductor de su personaje. La carta es en realidad la única forma de presentar testimonio de sus habilidades. No es suficiente proclamar las victorias o arrojar números al aire hay que convenirse del talento, la forma de cómo y cuándo ejerce su poder sobre la víctima escogida. La carta es la prueba que el lector necesita y aunque nuestra reacción sea un tanto escéptica nos convencerán sus resultados.

El contacto físico de la misiva con Doña Inés tiene lugar en el acto III, escena III. La preparación a la lectura se convierte en ritual cuya sacerdotisa, Brígida, se preocupará de establecer el ambiente deseado. Empieza por romper las reglas del convento, cerrando la

puerta de la celda que sabe debe permanecer abierta. El ambiente misterioso e íntimo se establece y a continuación le hace saber que el horario (devocionario) es un obsequio de Don Juan: “¡Qué escucho! ¿Es Don Juan quien me lo envía?” “Yo no debo tomarle”. Brígida añade: Si ese horario no tomáis, tal pesadumbre le dais que va a enfermar...” “¡Ah! No, no: de esa manera, le tomaré.: (142) Brígida abona y prepara con sus palabras la iniciación a la caída de la novicia. Ésta coge el libro y antes de abrirlo lo acaricia con fruición: las manecillas de oro, las cubiertas, el lomo, “¡Y qué bonito es!...” “...Y cuidado que está prieto!...” (142) Al abrir el libro, el papelito cae al suelo “¿será de él? exclama inocentemente, y aún antes de abrirlo sufre un ligero vahído del que se repone pronto para declarar que la carta le abrasa la mano y que desde que le vio, su alma sufre torturas agónicas. Aquí nos damos cuenta, a través de suspiros, que los primeros signos de atracción ocurrieron la primera vez que le vio. Aunque ella todavía no sabe describir su estado de ánimo, Brígida le confirma que esos sentimientos son de amor.

La carta tiene un total de 32 versos que son escritos, como se dijo anteriormente, al principio del primer acto, en circunstancias físicas adversas al recogimiento que dicha carta exigía. Los actos III y IV están dedicados al estudio del seductor, un Don Juan que se apoya en diversos recursos, no sólo en el lenguaje, para rendir amorosamente a la dama. (Don Juan Tenorio, edición de Luis Fernández Cifuentes, Crítica Grijalbo comercial S.A. Barcelona 1993 p. XV). Aquí sin embargo conviene hacer hincapié en el lenguaje como la técnica usada hábilmente para conseguir su meta. La carta empieza y cierra con un “Doña Inés del alma mía” de resonancias insospechadas en el corazón de la novicia. Don Juan alude al fuego del amor que le abrasa en una escala progresiva desde chispa ligera, a hoguera y volcán en cuyo cráter se siente suspendido: “entre mi tumba y mi Inés” (145). Un rosario de piropos se desgrana en sucesión “imán de mi alma, perla sin concha escondida entre las algas del mar, garza que nunca del nido tender osasteis el vuelo...” (145). Don Juan sabe perfectamente cómo llegar a Doña Inés, introduce sabiamente en la carta dos frases condicionales que implican un cierto estado de opción, esperanza y posibilidad: “si a través de esos muros el mundo apenas mira, y por el mundo suspiras de libertad con afán, acuérdate que al pie mismo de esos muros que te guardan, para salvarte te aguardan los brazos de tu Don Juan” (146).

Antes de terminar la misiva añade otra frase condicional: “...y si odias esa clausura, que ser tu sepulcro debe, manda, que a todo se atreve por tu hermosura Don Juan.” (146). Las dos frases que se inician con un si, indicando posibilismo implican al mismo tiempo la esperanza del seductor que psicológicamente usa un tímido si, para desencadenar un agresivo avance. Sin embargo la elección yace en ella. Si ella lo quiere él no dudará en correr a salvarla, si ella lo manda él acudirá al instante.

La seducción se inicia con la visión de la carta y aumenta progresivamente a medida que la lectura avanza y cuando llega al último verso la misma Inés nos resume el efecto que en ella ha producido la misiva: “¡Ay! ¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi? ¿Qué es lo que engendra en mi alma tan nuevo y profundo afán? ¿Quién roba la dulce calma de mi corazón?” (147).

En la reacción apasionada de Inés hay que distinguir dos tipos de interrogante el qué y el quién. El qué se refiere a la carta, sinónimo de “filtro envenenado”, papelito mágico que ha producido en su ser una transformación radical. El ¿quién roba la dulce calma de mi corazón? (147) es una pregunta que no necesita respuesta. Sin embargo la voz de Brígida corrobora sus propios pensamientos asegurándola que es Don Juan y sólo Don Juan. El mismo

Zorrilla hablando de la creación de su Doña Inés en Recuerdos de tiempo viejo dice: “Mi obra tiene un excelencia que la hará durar largo tiempo sobre la escena, un genio tutelar en cuyas alas se llevará sobre los demás tenorios; la creación de mi Doña Inés cristiana: los demás Don Juanes son obras paganas; sus mujeres son hijas de Venus y de Baco, y hermanas de Príapo, mi Doña Inés es la hija de Eva antes de salir del Paraíso; las paganas van desnudas, coronadas de flores y ebrias de lujuria, y mi Doña Inés, flor emblema del amor casto, viste un hábito y lleva al pecho la cruz de una Orden de Caballería. Quien no tiene carácter, quien tiene desafectos enormes, quien mancha mi obra es Don Juan; quien la sostiene, quien la aquilata, la ilumina y la da relieve es Doña Inés; yo tengo orgullo en ser el creador de Doña Inés y pena por no haber sabido crear a Don Juan. El pueblo aplaude a éste y le ríe sus gracias, como su familia aplaudiría las de un calavera mal criado, pero aplaude a Doña Inés porque ve tras ella un destello de la doble luz que Dios ha encendido en el alma del poeta: la inteligencia y la fe. Don Juan desatina siempre, Doña Inés encauza siempre la escenas que él desborda”.

El mismo José Zorrilla nos recuerda que no estamos ante una mujer cualquiera y que por lo tanto la seducción y las habilidades del seductor han de ser extraordinarias para llevar a cabo su cometido. Que la carta sea escrita el principio de la obra marca su importancia en la trabazón rápida y vertiginosa de la primera parte de la obra. Su historia enlaza hechos que parecen amontonarse en apenas dos o tres horas sin tener espacio o tiempo bien delimitado que pueda explicar racionalmente todas las hazañas de Don Juan.

El encuentro entre Don Juan y Doña Inés tiene lugar exactamente cuando las campanadas anuncian las nueve de la noche. El encuentro es corto pero intenso: ¿Qué es eso? Sueño..., deliro”. “Inés de mi corazón...?” responde Don Juan. ¿Es realidad lo que miro o es una fascinación?” continua Inés “Tenedme..., apenas respiro... Sombra..., huye por compasión; Ay de mí...! (148). Doña Inés cae desmayada en brazos de Don Juan quien la sostiene. En el suelo yace fatídicamente la carta que se ha deslizado de la mano inerte de Doña Inés. La seducción ha producido los efectos deseados. La voluntad de la joven se ha diluido en un desmayo imprevisto que ha de facilitar los planes del seductor.

No nos parecen casuales los significantes de tiempo y espacio, parámetros entre los que se concibe y entrega la carta. Es verdad que se acusa a José Zorrilla, con demasiada frecuencia, de escribir un tanto a la ligera y de no ser prolijo en el repaso cuidadoso de sus propias páginas. Él mismo en Recuerdos del tiempo viejo comenta... “me obligué yo a escribir en veinte días un Don Juan de mi confección” (227) y un poco más adelante de versificar, empecé mi Don Juan es una noche de insomnio” (228). Aunque Zorrilla se confiesa apresurado en la concepción de su Don Juan añade más adelante: “mi primer cuidado fue el más inocente el más vulgar, el más necesario a un autor novel: el de presentar a mi protagonista, a quien puse enmascarado y escribiendo, en una hostería y en una noche de carnaval; es decir, en el lugar y el tiempo que creía peores un colegial que todavía no había visto el mundo más que por un agujero; y para calificar a mis personaje lo más pronto posible, come temiendo que se me escapara...” (228).

Tal vez la decisión del autor al componer la escena del comienzo no fuera totalmente intencionada, según él mismo nos declara. Sin embargo es indudable que la intuición de enclavar a Don Juan en el espacio —escena de hospedería del Laurel— y el momento de escribir la carta seductora en la primera escena de la primera parte son decisivas y no casuales. Para comprender y tal vez perdonar al romántico Don Juan de José Zorrilla, hay que situarle en los parámetro de espacio y tiempo desde el instante en que escribe el primer renglón de la carta hasta que llega a las manos de Doña Inés.

BIBLIOGRAFIA

- Don Juan Tenorio*. Edición de Luis Fernández Cifuentes. Crítica Gritalbo Comercial, S. A. Barcelona, 1993, p. xv.
- Pérez Firmat, Gustavo, "Carnival in Don Juan Tenorio", HR, 51 (1983) p. 269-281.
- Zorrilla, José, *Don Juan Tenorio*, Biblioteca Clásica, Barcelona, 1993.
- Zorrilla, José, *Don Juan Tenorio*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1996.
- Zorrilla, José. *Recuerdos del tiempo viejo*. Madrid. Publicaciones Españolas, 1961. Vol. I.